

desde la literatura

Reparaciones*

Mónica Mansour

Ana estaba deprimida. Y, la verdad, no le faltaban razones: hacía apenas unos días le habían confirmado su embarazo y Pablo, su compañero, el padre de este hijo, había desaparecido dos semanas antes sin despedirse siquiera. Además, en su trabajo había tenido problemas y la habían obligado a firmar su renuncia. Estaba sola, sin un centavo, en medio del desconcierto general respecto de la contradicción entre el mundo y su propio concepto del mundo: no tenían nada que ver uno con el otro. Y, para colmo, se le descompuso el teléfono del departamento. Lo único que le faltaba: el teléfono descompuesto. Pasaron los días, reporte tras reporte al 05, y pasaron las semanas —Ana ahora trabajaba "free lance" y había repartido su número de teléfono a todos los posibles interesados en sus servicios—, y ya pasaba del mes.

Ella reportaba el teléfono y le pedía a sus amigos que hicieran lo mismo; hasta que un día, su amiga Carmen le dio el nombre y número de un señor que trabajaba en Teléfonos de México y, en casos como éste, hacía composturas "por la libre", como dirían en Cuba. Carmen lo alabó mucho: que era un señor muy amable, que muchas veces lo había recomendado y siempre había resultado muy bien, dio varios ejemplos de historias telefónicas complicadas sobre infinitas e infructuosas visitas para pedir auxilio a la compañía, eternidades desesperantes de descomposturas, y ese telefonista las había resuelto todas. Como es natural, Ana intentó localizar al hombre milagroso y, después de dejar varios recados, logró comunicarse con él; el hombre se comprometió a ir a revisar el teléfono el miércoles a las nueve de la mañana.

* Tomado de *La frágil cordura*, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, México, 1996. Agradecemos a la autora el permiso para su publicación.

El miércoles a las nueve de la mañana no llegó nadie. Todo el día esperó Ana pero no llegó nadie. El jueves tampoco llegó. Como a las once y media o doce del viernes llegó el telefonista. Era un hombre robusto, aunque no muy alto. Ni joven ni viejo, más bien indefinible. Venía vestido de azul, con la etiqueta de Teléfonos de México cosida al bolsillo de pecho de la camisa. Se presentó muy sonriente y fue a examinar el aparato mudo. Al cabo de un rato cortó, diagnosticó que no tenía remedio, que habría que cambiarlo y que en unos días él conseguiría uno y regresaría a instalarlo.

Ana estaba desolada, se le formó un nudo en la garganta. Estaba al borde de las lágrimas. El señor le preguntó qué le sucedía, la miró a los ojos y, con un nuevo diagnóstico, declaró que le habían hecho "un trabajo". Que necesitaba una limpia. Ana asintió. No había otra explicación para tantos problemas acumulados. El telefonista recomendó una limpia con huevo y explicó que los huevos absorben la energía del cuerpo, sobre todo la mala, pero que, en el proceso, el huevo no debe tocar la piel sino mantenerse a unos diez centímetros de distancia.

Ya unas amigas le habían contado acerca de su excursión a las cuatro de la mañana a casa de una mujer que se especializaba en limpias con huevos; decían que después de hacer la limpia, la mujer quebraba el huevo y vertía el contenido en un vaso transparente. De ahí salían las cosas más extrañas: aceite, agua, "tierra de panteón", entre otras, pero nunca una yema y una clara comunes y corrientes.

La plática, y también la limpia, le interesaron mucho a Ana. Era de esos momentos en que había agotado todas las salidas lógicas y racionales; no quedaba más que la magia que, por lo general, daba buenos resultados. Pensó que el telefonista le recomendaría a alguien especializado en limpias, tal vez aquella misma mujer tan sabia, que le diría una hora extraña en la que debía presentarse en algún sitio lejano dentro de esta ciudad donde todo cabe. Pero no fue así. De pronto, Ana se dio cuenta de que el telefonista pretendía hacerle la limpia con sus propias manos, en ese mismo momento, allí en el departamento. A Ana le pareció divertida la situación, aunque rara e inesperada. Sintió que era su única posibilidad. Sin fuerzas y con algo de curiosidad, aceptó. Entonces el hombre empezó a dar órdenes con un tono suave: dijo que la persona debía estar acostada, y que debían pasar a la recámara.

Cuando oyó la palabra recámara, empezó el terror. Esa palabra se alejaba del rito y la magia y se acercaba a un territorio que Ana había

excluido del contexto. ¿Cómo recámara? Ana estaba sola con ese hombre desconocido adentro de su casa, en el último piso de un edificio, sin teléfono, sin esperanzas de que nadie llegara a visitarla a esa hora. Desde luego, trató de defenderse con una sonrisa y palabras: mejor otro día, tengo mucho trabajo, tengo que ir por mis hijos a la escuela, está a punto de llegar mi marido, me siento mal, estoy embarazada; todo dijo, inventó historias y pretextos, pero de seguro no fue muy convincente, porque el hombre la miraba fijamente y casi ni sintió la necesidad de insistir. Sólo dijo con voz definitiva que no tardaría más de cinco minutos. Mientras Ana hacía esfuerzos por pensar rápidamente y con algo de eficacia, el terror empezó a recorrer su piel. No se le ocurría qué hacer. Si se enojaba o trataba de defenderse físicamente, él ganaría, eso era obvio. Pero en un plan aparentemente cordial tampoco encontraba cómo convencerlo. Abrió la puerta para despedir al telefonista, pero el hombre no se inmutaba y sólo la miraba con gran paciencia. Ana usó las pocas fuerzas que le quedaban para tratar de aguantar el llanto.

El telefonista cerró la puerta y la llevó del brazo por el pasillo estrecho hasta la recámara. Le dijo que se acostara. Mirándola fijamente explicó que no podía hacer la limpia si ella tenía la ropa puesta. Ana repitió que mejor otro día, que tenía que salir, y trató de ponerse de pie. El hombre la detuvo del brazo. Quítese la ropa, decía el hombre con una voz muy serena. Ana no respondía. Estaba inmóvil. Sintió cómo el sudor helado le brotaba por todo el cuerpo, la espalda se humedecía, los pies, las manos, las piernas. Toda la ropa, repetía el hombre, toda la ropa. Ana ya no controlaba su cuerpo. Temblaba violentamente. Su cuerpo se sacudía y ella veía las gotas de sudor pegajoso y frío que se multiplicaban sobre su piel. Sólo la cubría su ropa interior. Apretaba las manos sudadas sobre el vientre, tal vez para proteger su embarazo recién descubierto. De su boca no salían sonidos. Toda la ropa, repetía el hombre, toda la ropa. Las lágrimas escurrían interminables por las mejillas de Ana. El telefonista pasó el huevo a diez centímetros de distancia de toda su piel. Luego ordenó en voz baja que se volteara, pero Ana no podía moverse, su cuerpo pesaba una tonelada. El hombre repitió la orden y Ana obedeció. Después oyó que alguien dijo: ya vístase, tire este huevo a la basura del edificio, allá abajo, no lo deje aquí en su departamento. Ana se puso de pie y se vistió. Su cuerpo mojado no dejaba de temblar. Siguió al hombre por el pasillo estrecho hasta la puerta del departamento. Con una gran sonrisa el hombre se despidió, afirmó que todo mejoraría, que

ella lo notaría de inmediato, y aseguró que la siguiente semana sin falta regresaría a arreglar el teléfono. Ana se desplomó en el suelo temblando incontrolablemente.

Al anochecer, sonó el teléfono; sí, sonó el teléfono mudo. El ruido la despertó y ella tardó unos segundos en darse cuenta de que era un timbre que no había escuchado en varias semanas. Le hablaba un señor de Teléfonos de México, de parte de la señora Carmen, que había recibido el recado acerca de una necesidad de compostura. Se disculpó por haber tardado tanto en responder al recado y justificó la tardanza. Explicó que estaba intentando arreglar la línea telefónica desde la central. Ana estaba totalmente desconcertada y confundida. Su cuerpo volvió a cubrirse de humedad y empezó a temblar. Agradeció al señor, explicando que con su llamada ya había empezado a funcionar nuevamente el aparato. El señor le aconsejó que hiciera un par de llamadas para comprobar que todo estuviera en orden; él volvería a llamar en unos minutos para ver si entraba la llamada. El teléfono funcionaba perfectamente bien. Con toda amabilidad, el señor ofreció sus servicios para cualquier otra ocasión, ya que esta vez no había sido más que un ligero descuido en la conexión central. Ana se acercó temerosa hasta la puerta de entrada y cerró con doble llave. Dejó las luces prendidas y se fue a dormir. Estaba agotada.